

## Wittgenstein, la definición ostensiva y los límites del lenguaje

Juan José Acero

### ABSTRACT

It has been argued that in his *Philosophical Investigations* Wittgenstein gave a picture of ostensive definitions according to which there are no relations between language and reality, i.e., between the concepts we think with and those things they represent. Were such a picture accurate, there would be no hope of getting an objective view over our conceptual scheme. In the present paper I examine Wittgenstein's remarks on ostensive definitions and conclude that attributing that view to him is a mistake. A more balanced interpretation suggests that he did nothing to convince his readers that the relations between language and reality are illusory. On the contrary, his main aim was to undermine a naive understanding of how those relations are set up.

### RESUMEN

Se afirmó que en sus *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein presentó una imagen de las definiciones ostensivas de acuerdo con la cual no hay relaciones entre el lenguaje y la realidad, entre nuestros conceptos y lo que éstos representan. Si tal imagen fuera apropiada, no habría esperanza de lograr una visión objetiva de nuestro sistema conceptual. En este artículo examino las observaciones de Wittgenstein sobre las definiciones ostensivas y concluyo que es un error atribuir a Wittgenstein esa opinión. Una interpretación más calibrada de sus opiniones es la de que Wittgenstein no se propuso convencer a sus lectores de que no hay relaciones entre el lenguaje y realidad, sino combatir una manera ingenua de entender cómo se establecen esos vínculos.

Un perenne tema de discusión filosófica, uno de esos que polarizan las actitudes, es el de si podemos someter nuestro sistema conceptual a un análisis objetivo. Una variante de dicho tema es el de si existen relaciones entre el lenguaje y la realidad extralingüística y el de si esas relaciones pueden ser objeto de investigación regida por criterios de corrección compartidos. La opción que podríamos calificar de *internista* o de *relativista* sostiene que la objetividad de ese análisis es ilusoria: que el análisis carece de todo control sobre el sistema conceptual mismo, pues cualquier resultado al que pueda llegarse se moverá dentro mismo de los límites que pretende dibujar. Por análoga razón, no existirían relaciones entre el lenguaje —en particular, sus términos singulares— y la realidad extralingüística —en particular, los objetos que consti-

tuyen el universo del discurso lingüístico: personas, lugares, ríos, picos montañosos, etc.—; que el aserto de que un nombre “*N*” refiere (designa o nombra) un objeto *x* no ha de entenderse en el sentido indicado de que haya conexiones entre unas cosas y las otras. Pues bien, en estas páginas quiero detenerme en un argumento, cuya autoría se atribuiría a Wittgenstein, que demostraría la imposibilidad de salir de —y, por tanto, de examinar, como si dijésemos, desde fuera— nuestro sistema conceptual (o nuestro lenguaje) al cuestionar la idea de que existen conexiones objetivas entre los objetos del mundo externo y sus contrapartidas bien en nuestro lenguaje bien en nuestro pensamiento. Así entendido, el lenguaje sería, según ha expuesto la idea Jaakko Hintikka en distintos lugares, un medio universal, y ello haría imposible hacer de esas relaciones, y de la variación de sus términos, objeto de estudio<sup>1</sup>. En su versión más elaborada, el argumento se encontraría en un conjunto de observaciones de las *Investigaciones filosóficas* en las que Wittgenstein discutiría del papel de las definiciones ostensivas en el aprendizaje del lenguaje.

Señalado el problema del que me quiero ocupar, anuncio que procederé en dos pasos. Expondré, en primer lugar, el supuesto argumento de Wittgenstein. Y, en segundo lugar, haré lo posible por poner de manifiesto que las consideraciones de Wittgenstein sobre las definiciones ostensivas nos ayudan a corregir una visión simplista en exceso del cometido de ese tipo de recursos, pero que en forma alguna demuestran la inexistencia de conexiones entre el lenguaje y la realidad.

#### I. EL ARGUMENTO DE LAS DEFINICIONES OSTENSIVAS

El primero de los antecedentes del argumento de Wittgenstein al que estoy aludiendo se encuentra en el tratamiento que hace Wittgenstein del problema de las relaciones entre el lenguaje y la realidad en la primera de sus obras: el *Tractatus Logico-Philosophicus*. Para la pregunta de cómo los componentes últimos de una proposición, los nombres, se vinculan a los objetos de la realidad, Wittgenstein reserva tan sólo uno de sus aforismos:

Los significados de los signos primitivos pueden explicarse por medio de elucidaciones. Las elucidaciones son proposiciones que contienen los signos primitivos. Así pues, a ellos únicamente se los pueden entender si los significados de los signos son ya conocidos [3.263].

La dificultad de estas líneas ha sido unánimemente reconocida por los estudiosos de Wittgenstein. La interpretación que, a mi modo de ver, tiene más visos de ser la apropiada es la que entiende que una elucidación de un nombre (o de un signo primitivo) “*N*” es una proposición de la forma “Eso es *N*”<sup>2</sup>. Los signos básicos, inanalizables, del lenguaje quedarían emparejados

con sus respectivos *nominata* mediante actos ostensivos; y las definiciones ostensivas serían las acreditaciones lingüísticas de esos actos. De acuerdo, entonces, con este pasaje del *Tractatus*, Wittgenstein estaría diciendo que no cabe explicar el significado de un signo simple si no entendemos previamente la proposición elucidatoria a la que se encomienda semejante tarea. La aparente circularidad a la que nos condena este aforismo —no entendemos un nombre si no podemos culminar una explicación elucidatoria de él; y no podemos hacer tal cosa, a menos que antes conozcamos los significados de las palabras que usamos en la explicación elucidatoria— se resuelve cuando se elimina la posible ambigüedad del acto de ostensión. De hecho, como señala Hacker, Wittgenstein pasó inicialmente por alto este punto en el *Tractatus*. Y reconoció su error en sus conversaciones con Waismann cuando afirmó que “[e]n el *Tractatus* no veía claramente lo referente al análisis lógico y la explicación elucidatoria. Creía en aquella sazón que existía ‘una conexión entre el lenguaje y la realidad’” [Waismann (1967), pp. 184 y s.]. Es decir, su noción de las elucidaciones le forzaba a Wittgenstein a aceptar la existencia de vínculos entre lenguaje y realidad; concretamente, entre los nombres que integran las proposiciones y los objetos extraproposicionales. Un compromiso que había de impugnarse.

La razón de la impugnación se hizo clara en las *Observaciones filosóficas*:

Supongamos que he dicho a una persona “*N* está enfermo”, pero que ella no sepa a quién me refiero con “*N*” y que yo ahora señalo a un hombre y digo: “Ése es *N*”. Aquí la expresión [“Ése es *N*”] es una definición, pero ésta puede únicamente entenderse si se ha captado ya qué tipo de objeto es al comprender la gramática de la proposición “Ése es *N*”. Pero esto significa que cualquier género de explicación del lenguaje presupone ya un lenguaje. Y, en cierto sentido, el uso del lenguaje es algo que no puede enseñarse. Es decir, no puedo enseñar el lenguaje para enseñarlo del modo en que podría usarse el lenguaje para enseñarle a alguien a tocar el piano. Yo no puedo usar el lenguaje para salirme del lenguaje [Wittgenstein (1975), p. 54].

La conclusión de largo alcance a la que llegamos, a saber: que no puedo valirme del lenguaje para salir del lenguaje, se funda en la premisa de que no puedo llevar a cabo ninguna explicación del significado (o del uso) de una expresión que no presuponga ella misma un lenguaje, es decir, que no precise de, y se lleve a cabo en, un lenguaje. Y esta premisa, a su vez, se origina en una reflexión sobre el acto mismo de señalar un objeto a la par que se profiere: “Ése es *N*”. En efecto, podemos señalar a *x* y decir: “Ése es *N*” sin haber logrado explicarle a nuestro interlocutor a quién nos referimos con “*N*”. (*x* podría desfilar en la parada militar de un batallón.) En tal caso, sería preciso una explicación ulterior (“el tercero de la quinta fila”, “el que lleva el paso cambia-

do”). Y esa explicación la daríamos con la ayuda de otros recursos lingüísticos. Parece ser, por consiguiente, que todo transcurre en el lenguaje. La misma idea recurre en la *Gramática filosófica*, en un pasaje en el que Wittgenstein se pregunta qué queremos decir al expresar un deseo y en el que se deja vencer por la tentación de analizar los contenidos de las de las palabras utilizadas para ello mediante definiciones ostensivas:

Lo que quiero decir en realidad es esto: el deseo de que venga es el deseo de que realmente *él* realmente *venga*. Si se desea una ulterior explicación de esta seguridad, seguiría diciendo: “y con ‘él’ me refiero a ese hombre de ahí, y con ‘venir’ me refiero a hacer esto...”. Pero éstas son sólo explicaciones gramaticales, explicaciones que *crean* lenguaje.

Es en el lenguaje que todo se hace [Wittgenstein (1974), p. 143].

El lenguaje es, en la expresión de los Hintikka, un medio universal.

Toda esta línea argumental culminaría en las *Investigaciones filosóficas*, en algo más de tres decenas de observaciones [§§ 26-64] en las que Wittgenstein discutió pormenorizadamente las definiciones ostensivas. De acuerdo con las conclusiones allí obtenidas, estas definiciones no son el fundamento del lenguaje, no son los tirantes con los que el lenguaje se sujeta a la realidad. La idea de que una definición ostensiva empareja las expresiones simples, primitivas, del lenguaje con los objetos (o entidades) correspondientes se corrige en beneficio de otra muy distinta y, en cualquier caso, sorprendente: los objetos de que hablarían las definiciones ostensivas serían, según la nueva perspectiva, “parte del lenguaje”, de “nuestro método de representación” [Wittgenstein (1967), § 50].

¿Cuál es, entonces, el argumento de las definiciones ostensivas al que harían referencia las manifestaciones de las que he venido haciéndome eco. Según he adelantado, la objeción de fondo es que si el uso de una definición ostensiva fuera el que acabo de indicar, las reglas semánticas de esta clase servirían de *interface* entre el mundo extralingüístico y el sistema conceptual. El usuario de las reglas tendría a su disposición medios para situarse del lado de fuera de ese sistema y encontrar un punto fijo desde el cual explorar, o hacer explícitas, posibilidades representacionales diversas de sus palabras y conceptos. Todo ello, a juicio de intérpretes de Wittgenstein como Baker y Hacker, aquél lo habría condenado sin paliativos. Como sucede con los errores filosóficos, también ahora estaríamos condicionados por una imagen errónea del lenguaje (o del pensamiento), a saber: la agustiniana, con cuya discusión se inician las *Investigaciones filosóficas*; y el error residiría, en esta ocasión, en la manera de entender las definiciones ostensivas. Lejos de conectar el nombre “*N*” con (la entidad extralingüística) *x*, una definición os-

tensiva relaciona dos símbolos: el símbolo deíctico u ostensivo “Eso” y una determinada *muestra, ejemplar* o *especimen*: el señalado. Éste sería una muestra de un tono de un color, si proferimos “A eso vamos a llamarle *burdeos*” a la par que señalamos una mancha de color rojo; un espécimen animal, cuando decimos: “Eso es un chacal abisinio”; y así sucesivamente. La novedad que introduce esta manera de entender el papel de la definición ostensiva estriba en que entiende las muestras no como entidades *extralingüísticas*, sino como “herramientas del lenguaje” [Wittgenstein (1967), § 16], como instrumentos de la técnica de usar el lenguaje. Wittgenstein habría propuesto este análisis alternativo de las definiciones ostensivas al escribir lo siguiente:

Podríamos expresarlo así: Esta muestra es un instrumento del lenguaje con el que hacemos enunciados sobre el color. No es algo representado en este juego de lenguaje [y aquí Wittgenstein aludiría al juego descrito en Wittgenstein (1967), § 48], sino que es un medio de representación [Wittgenstein (1967), § 50].

Para Baker y Hacker, el argumento concluye ahora con la tesis de que, ya que se ha establecido que las definiciones ostensivas conectan dos dispositivos lingüísticos, no puede considerarse que estas reglas sean vías de salida del lenguaje:

Si las definiciones ostensivas conectaran el lenguaje con la realidad, entonces proporcionarían los fundamentos del lenguaje. Serían la forma fundamental de explicación, como la imagen agustiniana defiende. Para echar por tierra esta concepción, deberíamos concebir las definiciones ostensivas no como si conectaran las palabras con el mundo, sino como explicando algunos símbolos por medio de otros y, por ende, como permaneciendo *dentro del lenguaje*. El gesto de señalar debería concebirse como un símbolo; esto resulta bastante natural. Más importante [es todavía] contar los objetos empleados en las definiciones ostensivas (y en las explicaciones por medio de tablas) como símbolos, como partes del lenguaje, de hecho como elementos de la gramática [Baker & Hacker (1980), p. 184]<sup>3</sup>.

## II. LA DEFINICIÓN OSTENSIVA Y LOS LÍMITES DEL LENGUAJE

Mi lectura y análisis de *Investigaciones filosóficas* §§ 26-64 no me llevan, sin embargo, a la conclusión que acabo de exponer. El contenido de una parte considerable de las observaciones que ahí se hacen y de los argumentos en que responde más bien a problemas internos a la filosofía de Wittgenstein; y no puede extrapolarse, por tanto, al terreno que interesa en el presente trabajo. Un segundo grupo de consideraciones contienen propuestas que son, a mi modo de ver, correctas del todo, y uno podría tenerlas presente y aducirlas

a fin de elaborar mejor las opiniones sobre la naturaleza y función de las definiciones ostensivas y de deshacer equívocos que estas expresiones puedan haber suscitado. Pero ni siquiera éstas delimitan un terreno suficientemente sólido sobre el cual levantar la conclusión de que Wittgenstein estaba vetando la idea de que podemos salirnos de nuestro sistema conceptual. Quienes, como Baker y Hacker, así opinan cometen un *non sequitur* claro; y éste sería un error del que no podríamos culpar al propio Wittgenstein, pues en estos pasajes de las *Investigaciones* no podría detectarse nada como lo que estos autores le atribuyen. Finalmente, y en tercer lugar, aunque el análisis que hace Wittgenstein de las definiciones ostensivas eludiría ciertos inconvenientes achacables a las posiciones filosóficas que las tomaran del modo presuntamente indebido, aquella interpretación no puede considerarse que salga mejor parada.

Consideraré a continuación brevemente cada una de las tres afirmaciones que acabo de hacer.

Para empezar, me parece indiscutible —y en esto los comentaristas suelen estar de acuerdo— que *Investigaciones* §§ 26-64 es parte de la labor de crítica que Wittgenstein hizo de anteriores doctrinas filosóficas propias. Las doctrinas de que hay elementos representacionales simples y objetos igualmente simples son el blanco específico de las críticas de Wittgenstein, como lo es también la doctrina de que hay una relación semántica, la relación nominal, que conecta a unos con otros. El interés de Wittgenstein por el problema de si los objetos habrían de ser indestructibles como condición *sine qua non* de su intervención en cadenas signo-objeto; de si los objetos que parecen nombrar las palabras cotidianamente usadas son simples o complejos [§§ 39, 44, 46-7, 50, 56-9]; y de qué contaría como un análisis satisfactorio de un acto de habla usual [§§ 60-4], todo ello, insisto, son cuestiones ajenas a las que aquí me interesan, suscitadas por doctrinas centrales, y bien conocidas, del *Tractatus* con las que Wittgenstein se las tuvo durante muchos años. En particular, la extrañeza de Wittgenstein ante la naturaleza de la relación nominal<sup>4</sup> la suscita de hecho lo extraordinario de los términos de esa relación. Es la simplicidad de los nombres propiamente dichos y de los objetos que les corresponderían lo que acaba poniendo bajo sospecha la relación misma. Pero nada impide que la bondad de ésta quede restaurada una vez que la relación es reinterpretada cuando se la entiende como vínculo entre nuevos tipos de elementos.

Una confirmación de esto la encontramos en su afirmación —que ya tuve en cuenta más arriba— de que los objetos a los que remiten las definiciones ostensivas son parte del lenguaje. La explicación de esto nos conduce hasta dos doctrinas centrales de la metafísica del *Tractatus*. Según la primera de ellas, los objetos constituyen la sustancia del mundo [2.021]; de acuerdo con la segunda, la sustancia es lo que permanece independientemente de lo que es el caso [2.024]; es decir, independientemente de si consideramos lo

que es el caso, es decir, el mundo real, o una variación contrafáctica de éste. Si a esta noción de objeto unimos la doctrina de que los rasgos esenciales de la realidad son proyecciones de la gramática de nuestro lenguaje, entonces resulta natural que Wittgenstein diga que “lo que, aparentemente, *tiene* que existir, pertenece al lenguaje” [§ 50]. Pues lo que tiene que existir son los objetos del mundo, los objetos a los que nuestras definiciones ostensivas apuntarían.

Un segundo grupo de consideraciones posee, sin embargo, mayor relevancia para decidir si, efectivamente, Wittgenstein rechazó la existencia de relaciones entre lenguaje y realidad. Me refiero especialmente a aquellas otras con las que trata de corregir cierto sesgo filosófico en la percepción de las definiciones ostensivas. Para empezar, me parece interesante en sí mismo el rechazo del punto de vista de que las definiciones ostensivas sean algo así como un requisito que, una vez cumplido puede que mediante un acto peculiar de la mente, prepara los nombres para su posterior uso en el lenguaje; por ejemplo, para la descripción de cosas o situaciones. Es en ese sentido preciso que las definiciones ostensivas constituirían las vías de entrada al lenguaje [§§ 26, 27, 32, 33, 38, 46, 49]. Las razones que da Wittgenstein para rechazar este punto de vista son, así lo veo, valiosas. Tenemos, en primer lugar, la réplica de que las definiciones ostensivas están sujetas a interpretación; es más, que no hay nada que las ponga a salvo de ser malinterpretadas y que se requiere cierto conocimiento del lenguaje, o cierta competencia en su uso, para entenderlas y usarlas [§§ 28-31]. En segundo lugar, que, aun cuando las definiciones ostensivas contribuyan a la emergencia o al sostenimiento de correspondencias entre signos y objetos, lo esencial de ellas consiste en que no se crean y se afianzan gracias a algún género de armonía preestablecida, sino que son prácticas, hábitos o costumbres lo que las origina y sostiene [§§ 51, 53-54]. Por consiguiente, la relación de representación sólo puede surgir en un medio favorecido por otras habilidades [§§ 30-35]. Es más, el ejercicio de éstas es lo que hace de algo un nombre o, en líneas generales, una representación: cómo se lo usa y en función de qué circunstancias [§§ 40-44, 48-49]. Nada es un nombre por las propiedades puramente intrínsecas que pueda tener, pues muy variadas son las cosas que pueden servir de nombres [§§ 38, 41, 48, 50].

Pues bien, nada de todo esto cierra a cal y canto el paso a la afirmación de que hay elementos de nuestro sistema lingüístico (o conceptual) emparejados a entidades ajenas a él. Más bien todas esas observaciones de Wittgenstein ayudan a desterrar visiones excesivamente simples, esquemáticas, de la emergencia de ese emparejamiento<sup>5</sup>. Es más, suscribo cada una de ellas a la hora de articular una imagen más verídica del análisis conceptual. Comparto, así, que ese análisis no puede hacerse en el vacío; que precisa de la adquisición hábitos, de la competencia en el uso de las expresiones que se analizan, así como el de aquellas otras con cuya ayuda estipulemos y describamos las situaciones contrafácticas que servirán de piedra de toque suyo<sup>6</sup>. No puede dudarse del

establecimiento de conexiones entre lenguaje y realidad; no puede hacerse cuestión ni del uso de expresiones ni del contenido de conceptos, *vis-à-vis* objetos, propiedades o situaciones extralingüísticas previamente fijados. Todo ello, incluyendo la posibilidad misma de revisar tales o cuales relaciones particulares, adquiere perfiles nítidos contra el trasfondo de muchas y complejas habilidades previamente adquiridas y ejercidas. Si ésta es la lección que imparte Wittgenstein en pasajes como los aludidos, se trata de una lección con la que hay que contar.

Sin embargo, en lo concerniente al papel de las definiciones ostensivas en el argumento atribuido a Wittgenstein la cosa es diferente. Baker y Hacker, yo interpreto, opinan que la doctrina de que las muestras son símbolos y, por lo tanto, dispositivos del lenguaje entre otros muchos proporciona el golpe de gracia a la admisión de conexiones entre el lenguaje y la realidad: no hay más conexiones que las que vinculan unos símbolos con otros. No hay salida del lenguaje, en definitiva. Para mí, esta conclusión no se sigue en absoluto de las premisas apuntadas. Las *Investigaciones filosóficas* no respaldan que Wittgenstein acabara atrincherándose en semejante argumento. Por una parte, yo no encuentro en esta obra una declaración de la doctrina de la universalidad del lenguaje con la contundencia que encontramos en sus escritos de principios de los años treinta. (Véase más arriba.) Eso se debe, sospecho, a que Wittgenstein se apercibió de la incorrección del argumento que reza así: puesto que no puedo dar una explicación de una definición ostensiva sin utilizar mi lenguaje, entonces no hay (o carece de sentido creer que haya) relaciones entre palabras y cosas que no son palabras. Parece claro que el argumento no es correcto. Del hecho de que no tenga éxito en hacer entender a un interlocutor qué porción del mundo es el objeto de mi acto de ostensión, y de que deba reconducir su mirada hacia el punto apropiado añadiendo explicaciones a mi acto inicial, *no* se sigue que no logre hacerlo en ningún caso nunca. Es decir, el argumento yerra, a mi modo de ver, en la asunción de que si las definiciones ostensivas no abren ellas mismas vías de salida del lenguaje, si no crean las conexiones entre términos y entidades no lingüísticas, entonces esas conexiones no pueden existir. Esto, debo insistir en ello, rebasa con mucho el alcance de la interpretación wittgensteiniana de las definiciones ostensivas en las *Investigaciones filosóficas*. El resultado de esta interpretación es que las expresiones y los actos del juego de lenguaje de la definición ostensiva devienen herramientas del lenguaje. Sin embargo, tienen que ser, al fin y al cabo, herramientas con las que hacer algo. Y, en efecto, hay algo que hacen posible, a saber: que podamos más adelante nombrar a  $x$  por medio del nombre " $N$ " que definen; y así, cuando se me pida aclaración sobre qué es nombrar a  $x$ , me remitiré a la muestra y responderé que es crear las condiciones para hablar de  $x$ , para predicar algo de él, describirle, llamarle, etc. La afirmación que esta explicación ilumina tiene perfecto sentido y no sólo no pone en tela de juicio,



sino que presupone, mi capacidad para referirme a  $x$  al usar el nombre “ $N$ ”. Algo como esto, a mi modo de ver, se apunta o se sugiere en todas aquellas observaciones de toda esta porción de las *Investigaciones* en las que Wittgenstein corrige la doctrina agustiniana —que también fue la propia— de que el nombrar es una condición *preparatoria, es decir, posibilitadora* del cumplimiento de otras funciones lingüísticas, es decir, de la realización los juegos de lenguaje propiamente dichos; juegos que no podrían llevarse a cabo hasta que la capacidad de nombrar haya quedado institucionalizada. Frente a lo que así se propugna, en observaciones como §§ 26-34, 48-49 Wittgenstein apunta a algo bien distinto, a saber: a que la definición ostensiva emerge en un caldo de cultivo apropiado, en un medio en que la persona que ofrece la definición y aquella que la recibe disponen de suficiente experiencia lingüística. Uno y otro han de poder ubicar la expresión que se define en el lugar del lenguaje que le corresponde [§§ 28 y s.], hasta el punto de no haber cerrado la posibilidad de despejar dudas acerca de qué se define. *Por tanto, no puede concederse al juego de lenguaje de la definición ostensiva una prioridad lógica sobre otras prácticas y usos*. Como enseñaría, aplicada al presente caso, la famosa metáfora de la vieja ciudad que crece [§ 18], una definición ostensiva puede ser como el inicio de una calle nueva que conecta un barrio en construcción a una parte vieja de una ciudad. Ahora bien, ni esto ni la idea, apuntada más arriba e igualmente novedosa, de que el objeto señalado en una definición ostensiva (una persona, una muestra de color, etc.) funcionan como medios de representación excluyen que podamos decir con verdad que nuestros nombres y expresiones deícticas y demostrativas son medios para referir y designar toda suerte de objetos extralingüísticos. Incluso concediendo que no tuviera sentido decir del color de la muestra que es sepia ni que ése de ahí es Ernesto, no se seguiría de ello que sea imposible afirmar de otros objetos que son de color igual, parecido o diferente del de la muestra, ni tampoco que Ernesto vive en Ibiza. Incluso en el supuesto de que careciera de sentido afirmar que al proferir la fórmula verbal del bautismo (“Ése es  $N$ ”) estoy hablando de  $x$ , seguiría siendo verdad que estoy posibilitando que posteriormente se pueda uno referir a  $x$ , nombrarlo, etc. Ahora bien, como el enunciar esto precisa de la existencia de conexiones entre el lenguaje y la realidad, la sutil concepción wittgensteiniana de las definiciones ostensivas no levanta, ni *puede* levantar, obstáculo alguno al reconocimiento de la existencia de estas conexiones<sup>7</sup>. De lo cual habrían de inferir Baker y Hacker que, a la postre, no se ha refutado que haya formas de salir de nuestro lenguaje (o de nuestro sistema conceptual)<sup>8</sup>.

Por otra parte, sería recomendable no perder de vista que la producción de Wittgenstein, particularmente la escrita a partir de los últimos años de la década de los treinta, abunda en ejemplos de lo que, a mi juicio, es paradigmáticamente análisis del propio sistema conceptual. Desarrollar esta idea me llevaría lejos del objetivo de estas páginas, razón por la cual no acometeré esta labor, sino que me limitaré a ofrecer un mero apunte de ella.

ta labor, sino que me limitaré a ofrecer un mero apunte de ella. Lo esencial del caso puede presentarse en oposición, precisamente, a la doctrina del lenguaje como medio universal. Según esta doctrina, el sistema de relaciones entre el lenguaje y la realidad es fijo; y la posibilidad de explorar variaciones de los términos de dichas relaciones está cerrada por principio. La idea de examinar el contenido de nuestros conceptos (o bien el significado de los términos del lenguaje) variando su campo de aplicación (o su extensión, respectivamente) pierde con ello su razón de ser. Sin embargo, para Wittgenstein tuvo perfecto sentido el proyecto que aquella doctrina descarta. El análisis conceptual —o la exploración de nuestra gramática, por volver a su forma favorita de hablar— consistiría principalmente en una reflexión sobre las variaciones que sufrirían nuestros conceptos, sobre cómo se verían afectadas las reglas que seguimos, en el caso de que fueran otras las circunstancias en que los empleamos o las formas de vida en que las seguimos. La exploración de la gramática es exploración modal<sup>9</sup>. El siguiente pasaje de la Parte II de las *Investigaciones filosóficas* responde del todo a la sugerencia que acabo de hacer:

No digo: Si tales y cuales hechos naturales fueran distintos, los seres humanos tendrían otros conceptos (en el sentido de una hipótesis). Sino: Quien crea que ciertos conceptos son los correctos sin más; que quien tuviera otros, no apreciaría justamente algo que nosotros apreciamos que se imagine que ciertos hechos naturales muy generales ocurren de manera distinta a la que estamos acostumbrados, y le serán comprensibles formaciones conceptuales distintas a las usuales [Wittgenstein (1967), Parte II, § XII].

Dos cosas me interesan de estas líneas<sup>10</sup>. De una parte, esa dependencia de nuestro sistema conceptual de “ciertos hechos naturales muy generales”. Wittgenstein no proporciona ningún ejemplo de ello, pero en sus reflexiones sobre los conceptos matemáticos y psicológicos podemos encontrarlos. La dependencia que subraya es, sin embargo, muy significativa, pues sugiere una forma de explorar la frontera de nuestro sistema conceptual, a saber: imaginando, quizás especulando sobre, cuáles serían las modificaciones que sufrirían nuestros conceptos si variaran ciertos condicionamientos naturales, condicionamientos que no son sino algunos de los factores que moldean nuestras formas de vida. De otra parte, Wittgenstein se cuida de introducir el matiz de que el análisis conceptual no es investigación fáctica, científica; que la dependencia entre conceptos particulares y hechos naturales (o formas de vida) particulares no es el género de correlación que sancionen los hechos. En el fondo, éste es un tema del Wittgenstein más clásico; y su juicio lo comparto, independientemente de cuál sea su concepción de la filosofía.

Y finalizo este excursus considerando muy brevemente qué podría avallar la interpretación que ofrece Wittgenstein de las definiciones ostensivas.

Acabo de defender, contra Baker y Hacker, que por sí sola no representa peligro alguno para la doctrina de la posibilidad de salir de nuestro sistema conceptual, quizás concediendo implícitamente que esa interpretación es correcta. Quiero corregir ahora esta concesión. ¿Por qué admitiríamos que una expresión de la forma de “Ése es *N*”, usada del modo pertinente para la presente discusión, proporciona vestido a una regla que autoriza a sustituir un símbolo por otro, una muestra por una expresión demostrativa? ¿No es mucho más natural la opción que se quiere confutar, la que considera la definición ostensiva como medio de forjar una conexión del objeto señalado con un término del lenguaje o un elemento de nuestro repertorio conceptual? La doctrina de que los objetos involucrados en esta clase de definiciones son muestras tendría para sus proponentes (como Baker y Hacker) la virtud de evitar el género de *impasse*, de callejón sin salida, que es típico de un problema filosófico. En el presente caso, los callejones sin salida a los que nos llevan los temas mencionados poco más arriba, relativos a la naturaleza de los objetos simples y del análisis de la realidad y del discurso. Así que ¿no son indiscutibles las ventajas de adoptar esa sutil maniobra? Respondo que no lo son. Es ilusorio pensar que ahora, tras seguir su consejo y dar ese paso, ya nos hemos liberado de los problemas que arrastrábamos; que la terapia nos ha curado de la enfermedad filosófica. No nos ha curado de nada. No hemos hecho más que cambiar de bandera filosófica. La doctrina de que podemos salirnos de nuestro lenguaje estaba asociada a dudosas conclusiones sobre la naturaleza de los últimos constituyentes el mundo y del lenguaje y sobre la posibilidad de analizar hasta el final los estados de cosas y los actos de habla. La doctrina de que las definiciones ostensivas sólo establecen relaciones *in-tralingüísticas* obvia esos problemas, pero también paga un precio por ello, a saber: el no ser menos filosófica que aquélla a la que vendría a reemplazar. Y si no lo es menos, ¿por qué habría de querer adherirse a ella un filósofo como Wittgenstein, con su peculiar concepción de la filosofía? La mejor opción, me parece a mí, es la que separa la doctrina de la salida del lenguaje de las doctrinas metafísicas que la acompañaban en la primera filosofía wittgensteiniana y evita así comprometerse con una visión tan poco natural del papel de la ostensión en el aprendizaje del lenguaje y en la constitución de los pensamientos.

*Departamento de Filosofía  
Universidad de Granada  
Campus de la Cartuja, E-18011 Granada  
E-mail: acero@platon.ugr.es*

## NOTAS

<sup>1</sup> Véanse, por ejemplo, Hintikka (1981), (1988), (1990); Hintikka & Hintikka (1986), capítulo 1.

<sup>2</sup> Véase Hacker (1986), pp. 76 y ss. La evidencia que Hacker señala en estas páginas me parece convincente. La misma interpretación, igualmente convincente aunque con ecos ligeramente diferentes, pues aquí aparece asociada a la distinción entre *decir* y *mostrar*, se expone en Hintikka & Hintikka (1986), pp. 156 y ss.

<sup>3</sup> Véase también Baker & Hacker (1980), p. 192. Es obvio que en estos autores pesa mucho la admisión por Wittgenstein, en los primeros años treinta, de que había cometido un error con su idea del análisis lógico al creer “que existía ‘enlace entre el lenguaje y la realidad’” [Waismann (1973), p. 185]. Cf. Baker & Hacker (1980), pp. 168 y ss. La misma doctrina wittgensteiniana aparece en otras obras de principios de los años treinta.

<sup>4</sup> Que llega a ser tan palpable en Wittgenstein (1967), §§ 37 y ss.

<sup>5</sup> Otros autores han seguido una ruta parecida a la de Wittgenstein. Así, por ejemplo, Paul Ziff ha hablado del “mito de la definición ostensiva pura”. Véase Ziff (1960), pp. 63 y ss.

<sup>6</sup> Esta observación se debe hacer extensiva al acto mismo de mostrar, y no tan sólo a la identificación del objeto señalado. Es decir, también el reconocimiento de que un acto es un acto ostensivo depende de todo un complejo de condiciones y habilidades preparatorias. Mi agradecimiento a Leónides Fidalgo, de la Universidad de Valladolid, por haber llamado mi atención sobre esta variante del problema.

<sup>7</sup> *Investigaciones* § 43, una de las observaciones universales de la obra, admite sin ninguna reserva la posibilidad de señalar al portador de un nombre para de esta forma explicar su significado. Sin embargo, es en otros lugares de esta obra, especialmente al final de su Parte I, así como en otros lugares de sus otros libros inéditos donde Wittgenstein es más explícito sobre la naturaleza de la relación nominal.

<sup>8</sup> Los Hintikka sostienen en su monografía, de una forma que me parece muy convincente, que Wittgenstein evolucionó hacia la posición de que las relaciones entre el lenguaje y la realidad emergen y se afianzan en y por la prácticas de los usos lingüísticos (véase Hintikka & Hintikka (1986), capítulo 8). Otra interpretación de las opiniones de Wittgenstein de las definiciones ostensivas en las *Investigaciones* que preservaría partes sustanciales de las doctrinas semánticas del *Tractatus*, y en particular la de la existencia de relaciones entre lenguaje y realidad, se hallará en Carruthers (1990), pp. 162 y s., aunque a costa de una lectura claramente favorable, incluso de una forma excesiva, a mi juicio, a las doctrinas del *Tractatus*.

<sup>9</sup> He comenzado a investigar esta idea sobre la naturaleza del análisis conceptual (gramatical) en Acero (en prensa). El único estudioso de Wittgenstein que conozco que concede al análisis modal un papel central en el método filosófico de este autor es J. Cook. Cf. Cook (1991), capítulo 14.

<sup>10</sup> Véase también Wittgenstein (1967), § 142, nota.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Nota: En las referencias a pasajes específicos he seguido las ediciones castellanas de las obras que se relacionan a continuación, cuando esa versión existe.

- ACERO, J. J. (en prensa), “Lenguaje y pensamiento: Wittgenstein y después”, en Bascuñana, J. (ed.), *Filosofía y fin de milenio (V Jornadas de pensamiento actual)*, Almería: Centro de Profesorado/Sevilla: Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.
- BAKER, G. P. y HACKER, P. M. S. (1980), *Wittgenstein: Understanding and Meaning*, Oxford, Basil Blackwell.
- CARRUTHERS, P. (1990), *The Metaphysics of the “Tractatus”*, Cambridge, Cambridge University Press.
- COOK, J. (1991), *Wittgenstein’s Metaphysics*, Oxford, Oxford University Press.
- HACKER, P. M. S. (1986), *Insight and Illusion. Themes in the Philosophy of Wittgenstein*, edición revisada, Oxford, Clarendon Press.
- HINTIKKA, J. (1981), “Semantics: A Revolt Against Frege”, en Fløistad, G. (ed.) (1981), *Contemporary Philosophy: A New Survey*, vol. 1, La Haya, Martinus Nijhoff.
- (1988), “On the Development of the Model-Theoretic Viewpoint in Logical Theory”, *Synthese*, vol. 77, pp. 1-32.
- (1990), “Quine as a Member of the Tradition of the Universality of Language”, en Barrett R. B., y Gibson R. F., (eds.) (1990), *Perspectives on Quine*, Oxford, Basil Blackwell.
- HINTIKKA M. B. y HINTIKKA, J. (1986), *Investigating Wittgenstein*, Oxford, Basil Blackwell.
- WAISMANN, F. (1967), *Wittgenstein und der Wiener Kreis*, Oxford, Basil Blackwell. (La versión castellana, de Manuel Arbolí, fue publicada en México por el Fondo de Cultura Económica en 1973.)
- WITTGENSTEIN, L. (1967), *Philosophical Investigations*, Oxford, Basil Blackwell. (La versión castellana, de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines, fue publicada en Barcelona por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la U.N.A.M. y Editorial Crítica en 1988.)
- (1974), *Philosophical Grammar*, Oxford, Basil Blackwell. (Una versión castellana de esta obra, de Luis Felipe Segura ha sido publicada por las prensas de la U.N.A.M., de México, en 1992.)
- (1975), *Philosophical Remarks*, Oxford, Basil Blackwell. (Una versión castellana de esta obra, de Alejandro Tomasini y Marlene Zinn, ha sido publicada en México por las prensas de la U.N.A.M. en 1997.)
- ZIFF, P. (1960), *Semantic Analysis*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.